

Hugo Calello\*

## Los nuevos espacios democráticos y el exilio latinoamericano

### I. El vacío ético-político

El utopismo humanista igualitario de la modernidad, en tanto proyecto «revolucionario», es un proyecto inconcluso para algunos; irreversiblemente aniquilado para otros. Las revoluciones «imaginarias» que lo sacudieron en el siglo XX, y sobre todo la gran revolución bolchevique, fueron, paradójicamente, procesos que contribuyeron a fortalecer el autoritarismo político y la hegemonía ideológica y cultural de la racionalidad instrumental, definida por Max Horkheimer como «razón fascista»<sup>1</sup>.

Desde esta perspectiva la constitución de la civilidad como proceso tiene que ser investigada en lo que constituye la dimensión de su existencia posible —los nuevos espacios generados en el presente a partir del derrumbe del autoritarismo comunista y la planetarización del capitalismo salvaje— en la cual se expresa la *lucha por la libertad a través de la constitución de la civilidad*.

América Latina, en tanto región especial del «segundo mundo», esta sometida a éste por una compleja relación singularizada por la «mimetización» en la cual el modelo de vida del primer mundo es asumido como realizable, desde la construcción de un imaginario que oculta la naturaleza histórico estructural de la diferencia y, fundamentalmente, su condición de necesaria para el equilibrio del capitalismo trasnacional<sup>2</sup>. Es por esta razón que la construcción de una verdadera

---

\* Escuela de Filosofía. Universidad Central de Venezuela.

1 Horkheimer, M., *Teoría crítica*, Caracas, Monte Avila, 1982.

2 Calello, H., *Los verdugos de la democracia*, Caracas, Alfadil, 1989, pág. 119.

civilidad, o sea, la apertura de espacios en los cuales las formas de intercambio económico-social y político reviertan la desigualdad, la violencia y el autoritarismo es de una particular complejidad, tanto en lo económico-social como en lo *ético-político*.

En este último aspecto la investigación filosófica y científico-social latinoamericana no ha superado el nivel de la formulación de algunos interrogantes, pobremente resueltos. Los filósofos latinoamericanos sólo excepcionalmente han sido consecuentes con la premisa gramsciana que enuncia que el verdadero acto de libertad del hombre es el de *pensarse a sí mismo*, más allá del autismo narcisista, en tanto ser social dentro de su propia historicidad. El hombre adquiere su condición humana, desde el pleno desarrollo de su *subjetividad*, sólo en la medida de su referencia al «otro». El pensarse y sentirse en tanto ser social, como persona, le permitirá asumir su condición de sujeto «tachado» en su propio bloque histórico<sup>3</sup> y proyectarse con certidumbre racional y potencia afectiva en su propio tiempo presente.

El hombre latinoamericano fue *ab initio* descalificado para este ejercicio. La conquista y posterior colonización, subhumaniza al antiguo habitante de la América precolombina. Este proceso tiene su génesis en el «descubrimiento», y se prolonga en el asentamiento colonial. La existencia de culturas precolombinas, con toda su heterogeneidad (desde las grandes culturas de meseta, hasta las seminómadas), define un *ethos* y una estructura social y cultural muy diversa a la predominante en la Europa de la época de la conquista. Esta diversidad fue «aniquilada» por el violento trasplante de un régimen social productivo (impuesto por la conquista militar) que desnudó la verdadera base colonial del emergente modelo capitalista y la despiadada explotación que moviliza la guerra y el exterminio de la «diversidad». Este proceso es una mácula histórica para la concepción humanista que signa la

---

3 Utilizamos con cierta libertad el concepto «lacaniano» para referirnos al «tachamiento del sujeto», en referencia a su carácter de incompleto. En nuestro tratamiento filosófico la toma de conciencia de su subjetividad pasa por la asunción de su tachadura (ver Lacan J., *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, 1975).

modernidad<sup>4</sup> pero, por otra parte, demuestra que los valores de igualdad hegemónicos en la filosofía jusnaturalista, limitan (y por lo tanto aniquilan), su universalismo geográfica y racialmente.

Si la conquista y la primera etapa colonizadora tuvieron esas características, el desarrollo posterior de la conformación de las sociedades latinoamericanas no cambia cualitativamente la situación. Como ya afirmamos en otros ensayos anteriores<sup>5</sup>, diversamente a lo que sucede en América del Norte, el colono latinoamericano no se integra en una cultura homogénea singularizada y relativamente autónoma que la diferencie de la metrópoli colonizadora. La antigua soberbia del «condottiero-conquistador», parece trasmutarse en su opuesto: la gran difusividad y confusión cultural de su descendiente, el habitante latinoamericano producto de la fusión con el heterogéneo, y en algunos casos determinante flujo migratorio desde fines del s. XIX, hasta mediados del s. XX<sup>6</sup>.

Así, nuestros países, definidos en sus muchas veces forzados límites nacionales por la «balcanización» decimonónica, tienden a mimetizar su *ethos* y su sistema político con el país con el cual contraen la más fuerte dependencia colonial y neocolonial. Esta mimetización promovida por los modos de vida y las ideologías de las clases dominantes, se disemina y se articula en la cultura popular, desde el «sentido común» anula no sólo toda posibilidad de identidad y autonomía, sino que extingue la potencialidad de cambio y dinamismo que permitiría articular (en presente y en futuro) la compleja diversidad latinoamericana.

En la constitución originaria de nuestros estados nacionales, la relación entre sociedad civil y sociedad política está signada por la omnipotencia de la segunda y la práctica inexistencia de la primera. Para el pensamiento gramsciano el fortalecimiento de la sociedad civil es la estrategia para revertir la fórmula de la democracia formal (no real), y anular el poder autónomo de la sociedad política hegemónica en

---

4 Fromm, E., *Marx y su concepto del hombre*, México, FCE. 1978.

5 Calello, H., *Quinientos años de autoritarismo*. Anuario Ininco núm. 3, 1990.

6 *Op. cit. supra*.

la «ficción democrática»<sup>7</sup>.

En América Latina el obstáculo fundamental para emprender esta tarea es, como ya lo planteamos en otros trabajos, la presencia viva, mutante pero siempre actuante del «caudillismo». De soberbio origen colonial, atraviesa las guerras de la independencia, domina en la etapa de los fraccionalismos regionales, y siendo la relación constitutiva en la emergencia del Estado, domina el proceso de modernización de las instituciones políticas hasta el presente.

El hombre masa será el soporte de esta situación. Una pieza ajustada de un engranaje dentro de cierta lógica de la consensualidad. Un personaje difuso y caotizado, pleno de confusión. En él la subjetividad «vacuada» impide la conciencia de la opresión y la memoria de ella. Es el soporte necesario para el desarrollo del proceso de mimetización al que aludimos antes. Se observan normas y propuestas de acción «comunicadas» por el mundo dominante externo. Así, la «realización del deseo» no encuentra un objeto accesible en el espacio que lo rodea.

Oscilará entonces entre la frustración y el consiguiente repliegue narcisista pasivo del sometido, o la explosión en la violencia fragmentaria individualista y compulsiva que tiende a destruir ciegamente el objeto de realización de su deseo que se niega en su propio espacio<sup>8</sup>. La inaccesibilidad de los objetos que le han sido inducidos a desear, lo convierte en un insaciable y a veces desesperado buscador de aquellos espacios donde piensa que encontrará la posibilidad de satisfacer su frustración. *El latinoamericano es desde esta perspectiva un «migrante permanente»*. Del campo a la ciudad, de la pequeña ciudad a la gran ciudad, del pequeño y pobre país, pero imaginado como el «gran país limítrofe», un exilado de su origen, por razones económicas o políticas. Un hombre que está de paso, en tránsito y que padece el desarraigo. Un pasajero sin equipaje y sin memoria.

El desarraigo afecta la capacidad de compromiso activo con el

---

7 Calello, H., *Gramsci, memoria y vigencia de una pasión política*, Mérida, Ed. ULA, 1992, p. 373.

8 Un ejemplo extremo de esto es el «Caracazo», de febrero de 1989. Un ejemplo cotidiano, son los recurrentes saqueos que suceden en los suburbios de las grandes ciudades latinoamericanas.

«otro». Proyectos sociales comunes que son el espacio originario para la formación y expansión de la conciencia social. Esto nos lleva a entender por qué el «buen sentido social» es ahogado por la fuerza del «mal sentido común individual». Este desarraigo es más que la incógnita que despeja la «ecuación migratoria». Es una de las características que afectan las sociedades latinoamericanas y la presenta como una pesadilla real frente a los sueños del desarrollo pleno «hacia la modernización armónica, autosuficiente y equilibrada». Una sociedad fluida y caotizada, incierta, en degradación progresiva. Una sociedad «abierta» que realiza la ilusión popperiana... en el peor de los sentidos posibles.

## **II. El viejo discurso del poder y los nuevos espacios**

Dentro de este contexto, se hace evidente que la democracia en América Latina, no es un proceso en camino, sino apenas una fantasía integrada a la ficción de un imaginario que sostiene el viejo discurso del poder. Una transformación radical de la relación entre realidad política y discurso del poder, sólo será posible a partir del desarrollo de nuevos espacios de sociabilidad, en los cuales el horizonte de la subjetividad individual se proyecte hacia lo ético-político. En una reciente publicación decíamos lo siguiente<sup>9</sup>: «el primer nivel de gestación de un nuevo espacio democrático (NED), tiene que ver con el lugar económico-social a conquistar, en el bloque histórico, tal como lo hemos sostenido en otros ensayos». (Ver Calello, H., *Gramsci entre militares y civiles*, ver nota 7). La constitución de la democracia no puede aislarse de las condiciones estructurales de la sociedad; básicamente del marco productivo, dentro de éste del desarrollo industrial, y fundamentalmente del trabajo como relación social. En América Latina hay una debilidad del núcleo industrial en la producción; se unen las penosas condiciones en las cuales se desarrolla el trabajo, en sentido amplio tanto manual como intelectual. Debemos asumir entonces que el desarrollo, en este nivel, de un sistema de relaciones que rompa con la fragmentación y disociación individualista en el trabajo, es condición fundamental para la gestación del NED.

---

<sup>9</sup> Extraído del texto *Discurso político y nuevos espacios democráticos en América Latina*. Pub. interna Fac. de Humanidades y E. UCV. 1993, p. 16 y ss.

Esto nos remite a un nivel de investigación sobre los potenciales NEDS, que supone el análisis de las relaciones de trabajo que en ellos se da, no sólo como acción productiva individual sino, específicamente, como relación social progresiva, sea comunal cooperativa u otra cuya dinámica interactiva solidaria, que tienda a romper con la alienación del trabajo reducido sólo al «momento productivo».

De tal manera, que nos encontramos con un punto en el cual la investigación sobre el potencial NED, una vez realizada en el espacio producción-trabajo, debe dirigirse a investigar las formas de representación que acompañan su desarrollo, en su relación conflictiva con las fantasías y sus formas de representación social dominantes sobre la sociedad global.

Los NEDS serán entonces espacios potenciales a investigar tanto en Venezuela, como en América Latina. Deben ser asumidos en su dimensión organizacional, económico social (de acuerdo a los parámetros expresados en los puntos anteriores) y en el nivel de potenciales generadores de un nuevo contradiscurso político. Este nuevo discurso político, no sólo se desprende de las formas estructurales en las cuales se redimensiona la sociabilidad y la subjetividad, sino que es la instancia política en la cual, desde la confrontación con el discurso hegemónico, se puede desarrollar en la sociedad global el germen de la nueva democracia.

### **III. Los nuevos espacios democráticos y el exilio**

Los problemas que la sociedad argentina está enfrentando no son propios de nuestro país. Bajo mi gobierno el país ha dado un salto importante, hemos logrado nada menos que el ingreso al primer mundo. Frente a esta realidad aparecen los detractores, los envidiosos, los que no pueden soportar este logro de pueblo y gobernante, insólito en el mundo actual. Son los que magnifican los problemas para crear una imagen catastrófica. Se ha magnificado, por ejemplo, la epidemia del «cólera». Los casos habidos en las provincias limítrofes con Bolivia y Paraguay, han sido consecuencias de las migraciones clandestinas porque la salubridad y la higiene son óptimas en todo el territorio nacional. Lo mismo pasa con el actual conflicto de la ocupación de tierras y de viviendas por los «sin techo» por algunos sectores marginales en algunas zonas urbanas. Estoy seguro que la mayoría son extranjeros que pretenden incorporarse

ilegalmente para gozar de las actuales condiciones de vida que hemos logrado desarrollar en la sociedad argentina, por el esfuerzo mancomunado de los argentinos. (Presidente Carlos Menem. Declaraciones a la prensa argentina, diario *Clarín*, julio 2 de 1993).

En párrafos anteriores habíamos definido a un importante sector de la sociedad latinoamericana como en condiciones de «exilio permanente». La necesidad económica, la violencia social y la inseguridad son factores de expulsión para el hombre masa «no integrado» de muchos países. La falta de opciones económicas, la incertidumbre en el futuro y la persecución política lo son para otros sectores sociales, intelectuales, profesionales, artistas. América Latina fue «espacio de la esperanza», para el continente europeo desde la colonización hasta mediados del siglo xx. El vaciamiento de la esperanza en el cambio, en el progreso, y en general en el futuro, va ganando progresivamente, no sólo a los sectores que se sienten «exilados», sino que se expande como una mancha de aceite en el espíritu colectivo, y genera un modo de vida en el cual predomina la mecánica del egoísmo individualista, y formas de individualidad cada vez más empobrecidas y mecánicas.

Alain Finkelkraut, en un sugerente texto nos dice<sup>10</sup>:

Así pues la barbarie ha acabado de apoderarse de la cultura. A la sombra de esa gran palabra crece la ignorancia al mismo tiempo que el infantilismo. Cuando no es la identidad cultural la que encierra al individuo en su ámbito cultural y bajo pena de alta traición, se rechaza el acceso a la duda, a la ironía, a la razón, a todo lo que podría substraerlo a una matriz colectiva. Es la industria del ocio, esa creación de la técnica, que reduce a pacotilla a las obras de espíritu. La vida, ante la derrota del pensamiento cede suavemente su lugar al terrible cara a cara del fanático y el zombie.

El autor apunta certeramente a la crítica del reductivismo y a la «banalización» del actual modo de vida. El zombie es el destinatario pasivo de los productos de los *mass media*, de la millonaria «industria del ocio». Es el arquetipo de la degradación en la práctica de la democracia en la medida que sus aristas se diluyen en la masificación

---

10 Finkelkraut, A., *La derrota del pensamiento*, Ed. Anagrama, España, 1980, p. 12.

clientelista. El fanático es su opuesto «necesario», el rechazante agresivo del modelo, que se refugia en el pasado, en lo anacrónico, en la xenofobia y en las formas más larvales o avanzadas de la ideología fundamentalista, es enemigo mortal de los valores neoliberales, pero aislado, impotente en la medida que su oposición a la sofisticada barbarie tecnológica (de inocultable fundamento heideggeriano) se ejerce desde el hoy anacrónico mito religioso, o en su versión laica, el oscuro y parcelario «espíritu del pueblo».

En América Latina esta oposición tiene una particular significación. Los obstáculos estructurales y políticos, para alcanzar un grado de democracia relativa (que en lo económico permite aquello que ha sido la clave del equilibrio de los poderes multinacionales: la expansión progresiva del «consumismo de masas»), han generado lo que en otros trabajos hemos denominado la masificación bajo los modelos populistas. En este modelo, las relaciones sociales en general están contaminadas por la progresiva violencia económica, envuelta en su producto la violencia social, contenidas por el autoritarismo molecular y estatal de la violencia política. La degradación económica social, la incertidumbre, el miedo al derrumbe, tiñen el modo de vida de la sociedad global, excepto el de aquellos sectores sociales que por su pertenencia a los altos niveles económicos, están más allá del conflicto en el que se debate la sociedad global. Pero aún esto último es relativo. El zombie es el individuo desconectado del otro, encerrado en su narcicismo. En los altos niveles sociales, la competencia depredadora, es cada vez más cerrada, y la ansiedad por el ascenso y el poder sólo se hace finita con la muerte. En América Latina este tipo de minorías deben vivir cada vez más aisladas, refugiadas en zonas cada vez más fuertemente custodiadas, pero aún así, en zozobra creciente debido al aumento de la violencia cotidiana, y a la impredecibilidad de su encuentro con ella.

En este contexto el «miedo a la pérdida», origina la defensa ciega de lo poseído y la agresión anticipada al agresor real o imaginado. Quedan instauradas así relaciones sociales signadas por la agresión y la violencia para defender lo que se tiene por poco que esto sea o por la convicción de que esa es la única forma de conseguir lo que se desea. El autoritarismo y el fanatismo se vuelven habitantes permanentes y



progresivamente rutinarios de la acción social que tenderán a preservar el aislamiento y la «ghettización», en una sociedad en la cual la cada vez más exclusiva y poderosa opulencia debe convivir con la penuria y la miseria en expansión. Los perfiles originariamente enfrentados del zombie y el fanático se confunden y se mezclan. El fanático se uniformiza bajo el poder autoritario, el zombie frustrado en su deseo, se desborda con la furia del fanático. Ambos son una sola figura condensada en el hombre masa, bajo el poder aglutinante del caudillo populista. Pero el caudillo, más allá de la profundización de las contradicciones que genera su dominio, debe mantener *la esperanza que lo llevó al poder*. El caudillo tiene que explicar la frustración relativa del deseo de las masas. Es por eso que debe construir los fantasmas que se interpongan para que él cumpla lo prometido. Las víctimas del ejercicio del poder que no se resignan al silencio y que reclaman lo suyo, serán los chivos expiatorios ideales como blanco a la cólera del caudillo. Entre ellos los exilados, los migrantes, los desarraigados, serán por su espesor y vulnerabilidad dentro del tejido social, victimados por su diversidad. El discurso del presidente argentino Carlos Menem, (que incorporamos al texto) es una demostración de cómo el discurso del poder, utiliza el *volkgeist* (espíritu del pueblo) para avivar la xenofobia y el odio extranjero. Sólo la reconstrucción de las formas sociales y las formas de acción política, desde la conformación de nuevos espacios democráticos, puede revertir la caoticidad autoritaria de nuestras «democracias» y cancelar uno de sus lugares donde es más evidente la desigualdad y la ausencia de los derechos humanos: *el lugar de los múltiples exilios*.